

mano». Una vez en Madrid, seguí infatigable mi tarea, pidiendo el auxilio de todos los cronistas. Por último, los dioses bajaron de sus aras y se dignaron venir á la Comedia. La noche de la presentación, al levantarse la cortina, estalló un aplauso cerrado, formidable, y el público, en pie, prorrumpió en vivas á Cataluña. Me sentí satisfecho y vengado de todos los catalanistas acérrimos, enorgullecido de mi pueblo natal, que devolvía lauros por injusticias. Y dije, en voz baja, con orgullo:

—«Yo també parlo catalá.»

Después, Borrás ha sido y es el ídolo de todos los públicos. Cuando me ve, me abraza y me recuerda el cuartito misérrimo del teatro Romea. Enrique es muy grande, tan grande, que no cabía en él, y aun presumo que tampoco en el templo de la Sagrada Familia.

Ahora, un magnánimo corazón y poeta exquisito pide para Borrás la cruz de Alfonso XII. En su noble empeño muchos otros literatos lo secundan. Yo también quisiera ver en el pecho del trágico insigne una cruz netamente española, para enseñanza de cuantos predicán la enemistad y el odio entre pueblos hermanos; para enaltecimiento debido al Arte universal.

Todo, sin perjuicio de decir al glorioso intérprete de Pedro Crespo y de «Manelich»:

—Descuide usted, Enrique; no tengo ningún drama en cartera.

LA PUERTA CERRADA

No es la guarida del león: es el hosco refugio del águila. Su acceso supone la peregrinación penosa por llanuras nevadas, campos inhóspites, riscos erizados y abruptos. Desde Huesca se camina primero entre nieblas; luego, sobre grava; más tarde, sobre nieve. Se llega á un punto en que los Pirineos se muestran en panorama majestuoso y solemne, irguiendo sus ensabanados picachos, como crestas de marmóreos animales apocalípticos. Ya, de noche cerrada, los macizos del automóvil resbalan sobre hielo. Estamos frente á la cumbre de la «Madaletta». Hemos llegado á Graus, pueblo adusto, recio, selváticamente aragonés.

Pero todavía no estamos en casa de Costa. Hay que caminar un buen trecho. Allá, en la casa ancestral, habita el coloso. Pero la puerta no puede abrirse; el aislamiento es absoluto. El retiro del viejo luchador es impenetrable.

Asusta, con la magnitud de su desdén y de su resignación, la ruptura de este hombre, que tiene gesto de semidiós, con el mundo que le rodea. Ha podido llegar á ser todo. Ha roto el arcano del saber con ganzúa de oro, y el de la pública indiferencia, con férreo guantelete. Ha apostrofado á las muchedumbres, ha cruzado su rostro con látigo de cómitre, y las muchedumbres se le han rendido, como las fieras al ultraje del domador. Ha conquistado posiciones y

las ha arrojado con supremo desdén por un artístico y recio barandal. No ha transigido. Los dioses no transigen. Y el día en que ha creído su voz desoída, se ha apartado de la Humanidad, mostrando en sus ojos una altivez olímpica y en sus labios un rictus de desprecio, y, sintiéndose herido, ha corrido á las cimas adonde las nieves no se funden, á dar sus vigorosos y ensangrentados aleteos.

Sobrecoge, pasma esta reciedumbre, que rememora fábulas mitológicas. Por eso, más que la fuerza cerebral, la incansable energía indagadora, la orientación sabia y la sutil clarividencia, ha hecho ser reverenciado al genio su inflexibilidad rectilínea. La bajeza ambiente, la repugnante cobardía moral, que se cubre con el nombre de tolerancia—¡como si cupiera tolerancia con la iniquidad!—, contrastan demasiado con la ruda actitud del león de Graus, para que no haya producido en España entera asombro primero, sobrecogimiento después, y, finalmente, reverencia é idolatría.

Y han sido los primeros en enaltecerlo sus maestros y profesores de la Institución Libre. Emporio de sistematizada cultura, de armonía entre la vida y el pensar, debió ver con extrañeza en un principio salir de su seno un ser irreductible, disconforme en carácter con sus máximas de atracción, como ella, austero; pero, á diferencia de ella, violento, irascible, como campeón decidido de la verdad hollada por pies de gañanes. En el cuento de Andersen, la hembra del pato de los estanques ve estupefacta salir un ser extraño, feo en apariencia, de un huevo colocado en su nidal por manos extrañas. Pero no hay peligro en sufrir contrariedades y dicitos cuando se ha sa-

lido del huevo de un cisne. Y Costa, al reconocer su blanco plumaje sobre la tersa superficie de las aguas serenas y luminosas, asombró á sus maestros y á sus propios hermanos. Con sus defectos y sus iracundias selváticas, era el elegido, el grande, el magnífico. En una palabra: era él.

Por eso, la gente, reconociendo alguna cualidad extrahumana en el fiero coloso, buscó un nombre que aplicarle en la Zoología. Y lo llamó León. Pero no es León; porque el orgulloso felino lamentase á veces y atruena la selva con dolientes rugidos. Y Costa no siente su mal; cuando ruge, es el llanto ajeno. Y luego se le ha querido nominar águila; pero el águila no desdeña la presa, sino que la arrebató y la hiere. Y luego se le ha llamado semidiós; pero los semidioses no tienen el acento de Costa, que es bramido de humanidad y aliento de fecundación. Es «él» el s berbio, el irreductible, despeñado, como Satán, pero no por envidia ni por ruindad, sino por espíritu de razón y sed de justicia.

Y éste es el que cierra á sus visitantes las puertas, y éste es el que reclina en la almohada su greña sudosa con gesto de emperador que no abdica. Y éste es el que renuncia á los holocaustos y hace inaccesible su castillo roquero.

Le ofende la curiosidad, y le parecería una injuria la conmiseración.

No sabe, ni le importa, á cuántos pasos de distancia está la muerte. No quiere, ni necesita, que al pie de su roca del Cáucaso vengan las Oceanidas á brindarle consuelos ó á prorrumpir en lamentaciones.

Pero este ser gigantesco, este titán rebelde é ira-

CAPILLA ALFONSINA

cundo tiene un corazón. Han llamado los corazones á su puerta.

Y hemos entrado.

Graus (Huesca).

LA AGONÍA DEL LEÓN

Ha salido el Sol; pero entocadas están de nieve las tres Sorores, las tres cumbres gemelas, de donde parece venir el tiempo frigidísimo. Por cima del Turbón, gigantesco cabezo nevado, no hay una sola nube, y los campesinos han salido á bañarse en luz, como día festivo; pero arrebujados en sus mantas, cuya airosidad rememora la de los albornoces árabes, ó la de las togas pretextas.

Esperamos la hora señalada por Costa, quien nos recibirá. Y esperamos viendo correr bajo el puente semiderruido las aguas del Esera, el cual recibe del Isavena el turbulento tributo que, luego, ambos, no lejos de aquí, han de rendir al Cinca. Por encima de los caseríos, la inmensa mole de la peña de Graus parece amenazar con desplome inminente, vengador de la muerte del primer Ramiro, de aquel que pudo haber sido tan poderoso como Alfonso I, y lo hubiera logrado, á ser compatibles en sus tiempos nefastos el orgullo de la realeza y amor fraternal.

Vamos carretera adelante. Unas cuantas adolescentes pasan á nuestro lado; deletrean un libro en alta voz. ¡Oh, adorables recuerdos! Leen «La rima eterna». Sin querer, repetimos la frase becqueriana:

«Mientras exista una mujer hermosa, habrá poesía...» Y, luego, pensando en el coloso herido, que nos espera, quisiéramos añadir al verso, si la admiración al poeta no lo vedara, estas otras palabras ú otras rítmicas, que expresaran la misma idea: «y mientras haya un hombre de corazón.»

El caserío sólo á trechos conserva su histórica adustez. Hacia el Sur desaparecieron las legendarias aspilleras y la doble línea de matacanes. Pero sobre muchos portones hay escudos en piedra que no aminoran el noble aspecto señorial de las demás viviendas, observación que recuerda las palabras de Mosén Gauberto Fabricio, citado por Quadrado: «Esta nobleza (gozar de libertad) más tiene el noble Aragón que todos los reinos, porque fasta á sus villanos face ser más nobles que los nobles de las otras provincias. Ca nascen tan libres, viven tan francos é son tan esentos, que non satisfacen tributos ni alcabalas, ni el villano sabe qué es pagar pecho, salvo que el gelo imponga ó que el rey gelo pida como de gracia y él lo dé de merced...»



Estamos ante la puerta del tribuno. Subimos una escalera de ladrillo, y entramos en una habitación modestísima. Allí están los parientes, los deudos, los que comparten, abnegados, la tristeza del gigante vencido. Esperamos, observando los cuadros de lienzo bordados en relieve, las viejas estampas, los tradicionales floreros. Nada revela la proximidad de un gran pensador. Aquella habitación la hemos visto, plácida, soñolienta, tranquila, en casa de nuestras

abuelas y de nuestras ancianas amistades. La hemos evocado leyendo los libros de «Azorín». Allí hay una señora digna, enlutada, que suspira y cruza las manos en resignada y piadosa beatitud. Y todos admiramos á doña Martina, mujer heroica, que ha sabido consagrar á su hermano toda una vida de virtud y de sacrificio, y que no quiere más recompensa que el cumplimiento del deber.

Por la casa ambulan, preocupadas en constante trajín, unas muchachas lindísimas, pulcras, hacendosas, que se llaman seguramente Carmen y Pilar. Y hay un amigo fiel, de rostro curtido y mirada franca, y un deudo servicial, que esperan la hora de introducirnos en la habitación del enfermo, mientras vuelve á suspirar la señora, y la luz va haciéndose más tenue en la estancia, y un gato se despereza indiferente sobre la tarima en que luce su reluciente faja circular el brasero de cobre.

Y hay una larga pausa y una sensación mezclada de inquietud y dulce bienestar; hasta que se oyen unos tímidos pasos, y se abre una puerta y una inteligente cabeza de adolescente asoma.

Ha llegado el momento. Costa nos llama.

✻

Entramos en una habitación que tiene estantes repletos de libros y de legajos manuscritos, que son mirados por nosotros con codicia y con ansiedad. Sobre los muebles, en las sillas, en el suelo mismo, desbordando de los hacinamientos informes, hay revistas científicas, diarios, telegramas. Sin embargo, no es aquel el viejo santuario: está arriba, y se llama

la biblioteca, donde hay inapreciables tesoros, maravillosas obras inéditas. El sabio ha tiempo que no puede subir; menos pueden hacerlo los no iniciados.

El enfermo ha pensado en agasajar á sus visitantes, y sobre una camilla hay pastas, licores, café, golosinas; pero nuestros ojos se fijan en la alcoba reducida, pulcra, en el lecho, en las ropas revueltas que, sobre las líneas del cuerpo inmóvil, tienen aires de manto purpúreo; en los embozos, que, bajo la presión de los dedos crispados, tienen dobleces y encarrujamientos de flores marchitas.

Y allí, descansando sobre la almohada, sudorosa, despeinada la cabellera, la escultural cabeza de Costa, con los ojos enormes muy abiertos, como al fulminar sus apóstrofes grandilocuentes, con sus facciones acusadas, enérgicas, y contraídos sus gruesos labios por el hábito de un altivo y desdeñoso mohín.

Nos tiende una mano, y oprime la otra contra su corazón. Sabe que está herido, como lo está su Patria. Él es como un símbolo; pero el símbolo alienta. Á veces, su memoria decae; la ilación en su prodigioso cerebro se hace tarda y penosa. Pero luego reacciona: la voluntad permanece íntegra, formidable como un ariete. Su léxico responde en ocasiones á esta hipertrofia del carácter, y se hace rudo, violento y, al par, artístico, con la salvaje expresión libre de eufemismos. Todavía puede ser tiempo; hay que sacudir á la fiera que duerme; hostigarla, «pincharla en los morros». Es menester encender el rubor en todas las caras á trallazos. Y, luego, parece caer de nuevo en un tenebroso pesimismo. Es tarde: ningún revulsivo será eficaz.

Y ante la manifestación de nuestros propósitos de

acercar á España á su lecho, y ante las esperanzas de una regeneración ideal y humana, vuelve á fulgir la luz en sus pupilas, presintiendo en las brasas apagadas «une lueur», un fulgor de esperanza, que no se extingue y siempre perdura, aunque no se vea, como «la luz bajo el celemín».

Dos horas de ansiedad, de atención respetuosa, de religioso recogimiento. Luego, la despedida filial y la salida al ambiente helado, hostil, á caminar cara á los picachos, que parecen envueltos en un implacable sudario.

Y á mirar al cabezo tajado que, desde hace seis siglos, amenaza desplomarse y no se desploma, y mirar al río, que se retuerce como un interrogante, con sus aguas, que siempre se renuevan, y sus arres- tos espumosos é hirvientes, que no morirán.

Graus.

CAPUT CASTELLAE

Oviedo es la Reconquista; León es el Derecho municipal; Toledo, el desenvolvimiento cristiano; Burgos es... el Romancero. Es la Musa española, que primero gime, y luego balbucea, y, por fin, rompe en maravillosas é inspiradas estancias. En Burgos, antes que lo real, se evoca lo ficticio. Su héroe es Rodrigo de Vivar. «Rodrigo—escribe Amador de los Ríos—es Burgos; Rodrigo es Castilla; Rodrigo es España. Sus proezas, sus glorias, sus tribulaciones, su renombre, son el renombre, las proezas, las glorias y tribula-

ciones de la Patria...» Y, sin embargo, el Cid no existió, acaso, sino en la fantasía popular, y, si existió, fué un guerrero vulgar, en nada parecido al héroe maravilloso del romance. Para mí, Burgos no tiene historia: tiene lo que vale mucho más: leyenda. ¿Qué importa que no puedan arqueólogos y eruditos descubrir en la ciudad castellana restos de próceres abolengos anteriores al siglo XIII? Burgos es la patria del Cid; del genio castellano que, á los diez años, juzga por juego un crimen capital, y ejecuta al reo de veras, y exclama:

«Como de veras me pago,
de las burlas non curé.

.....
Atended que la justicia,
en burlas y en veras, fué
vara tan firme y derecha,
que non se pudo romper.»

Este sentimiento de justicia, que es toda el alma castellana, se hace carne en Rodrigo de Vivar, y en Burgos, piedra berroqueña. Por eso, el Cid es grande, lo mismo cuando trae á su padre la cabeza del conde ofensor, que cuando se rebela ante el propio monarca:

«Por besar mano de rey,
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre,
me tengo por afrentado.»

La palabra del Cid sustituye al oro en las arcas dadas en prendas al judío. En ellas va el honor de Castilla, y el judío las acepta como garantía mayor

que las joyas y que las barras. Ni un solo momento deja Rodrigo de ser la encarnación de la equidad y de la elevación de espíritu; ni cuando exige al rey juramento de no haber dado muerte á su hermano; ni cuando abandona á su esposa para defender á su patria de las invasiones agarenas; ni cuando increpa al fraile en Cerdeña; ni cuando se yergue altivo ante el padre común de los fieles.

«Absolvedme—dijo—, Papa;
si no, seráos mal contado.»

La justicia, la caballerosidad, el desinterés: eso es el Cid, y eso es Castilla.

¿Que el Cid no ha existido? Debió existir. Existe Castilla, y es bastante.

Por eso, en la Catedral, que, á no tener destrozado en la fachada el primer cuerpo, sería la más bella del Mundo, y que en su parte alta no encuentra rival ni en París, ni en Reims, ni en Estrasburgo, ni menos en la pobre y amanerada de Colonia, lo que pasma es la idealidad, la espiritualidad, la inspiración suprema. Y en sus torres únicas, de chapiteles aguzados, que ciernen entre encajes la luz del día y que elevan el alma con su mística transparencia, lo que deslumbra, sobre todo, es el espíritu caballeresco, que desdén lo mezquino y busca lo sublime, y sabe trocar la piedra en encaje, y la espada en cetro, y la palabra en palpitación, y la vida entera en gallardía, y rectitud, y braveza, y desprendimiento. No comprenderéis el Romancero sin visitar Burgos, su catedral, sus ábsides, sus cruceros, sus cúpulas, sus alicatados, sus tracerías prodigiosas, sus capillas de ensueño, sus sepulcros marmóreos, sin haber alzado la vista á

las nubes para contemplar los esbeltos pináculos y sin haberos postrado de hinojos en la capilla del Condestable; sin pasar por el arco de Santa María y ser desde aquel mismo momento armado caballero andante de la Luna, y sin haber vagado por los solitarios claustros de la Cartuja, con una mano sobre el corazón y un dedo en los labios; y haberse adormecido con ensueños de gloria en las orillas pedregosas del Arlanzón y haber aspirado á pleno pulmón el aroma de la flor del romero en la tierra llana.

Y, asimismo, no es posible comprender el grandioso poema esculpido en piedra sin haberse deleitado previamente con los romances, que son gala de nuestra lengua, espejo de nuestras costumbres, compendio de nuestra hidalguía, alma de nuestra historia y en inspiración y grandeza, únicos. En ellos está lo que fuimos y también lo que hemos de ser, porque son recuerdo y también enseñanza; evocación estremeceadora del pasado y adivinación profética y reveladora del futuro.

Burgos es más que la Historia: es la Poesía. Es la España ideal, que nunca pudo ser superada, porque representó la suprema justicia, la caballerosidad enaltecida, el nervio vivificador de la Raza.

En su recinto se comprende por qué Castilla dominó al Mundo. Allí, sin querer, los labios murmuran: en otros lugares hubo más poderío, más fuerza, más esplendor y gloria; más sentimiento de la justicia, más elevada poesía, más noble y generosa hidalguía que en esta patria castellana, de piedra y de acero, de devoción y sangre, de flores silvestres y de viejos romances, no.

CAPILLA ALFONSINA I

TESTAMENTO Y CODICILO

Yace Costa; no tiene junto á sí, como el héroe de Ossian, lanza y escudo. Pero tiene su gallardía, su serena y plácida majestad. Parece que aún ha de levantarse á trocar en Sinaí las cumbres de Graus y á renovar los varoniles arrostos de los rudos aragoneses que esculpieron sobre peña viva con hierros de lanzas el fuero de Sobrarbe.

Nunca la muerte parece tan implacable y trágica como cuando aniquila al genio. No en vano disciernen las muchedumbres á sus elegidos la gloria y la inmortalidad. Se nace sólo para engendrar, y cuando no se engendra, se muere; pero el genio en plena fecundidad arrojado á la fosa, es un aborrecible sarcasmo; es una ironía cruel que subleva la voluntad contra las fuerzas brutalmente mecánicas, que destruyen á ciegos hombres y cosas por el incomprensible placer ó la inexplicable necesidad de crear de nuevo.

Todavía, empero, queda algo que hacer á los hombres cuando devora un cuerpo la tierra, que es capaz de santificarla: queda el apostolado, la difusión del Testamento ideal, la ejecución de sus imperiosos mandatos. Si fuera posible sepultar con el genio sus obras, ellas resucitarían al tercer día. Ved aquí la simbólica significación de todas las ascensiones gloriosas.

Costa deja un testamento y un codicilo. Dictado el primero en plenitud de saber y razón, encierra en sus folios enseñanza y ejemplo; escrito el segundo en

amargas horas de desaliento, no puede entenderse al pie de la letra, porque es lección de pesimismo aparente, y todo pesimismo científico es un optimismo encubierto, que pone frente á frente lo real y lo ideal; es una lección de energía en forma parabólica, que no puede aceptarse sino á este título.

¿Cuál es el testamento del ciudadano insigne que acaba de morir? Es, ante todo, el ejemplo de una excelsa voluntad indomable, puesta de por vida al servicio del Bien. Tal voluntad no podía surgir sino en las abrupteces del condado de Ribagorza, región fuerte, sana y rebelde, que resistió á los reyes, á los prelados, á los conquistadores, y aun se echó fuera de las Hermandades, para gobernarse por vaguerías y otorgar á sus jueces populares facultades que solamente del pueblo deben emanar. Es la voluntad del gran Iñigo Arista, que recuerda nombres de agricultores y ganaderos que supieron sojuzgar á los soberanos, como Pedro Cornel, Ferriz de Lizana, Sancho de Antillón y Don Jimeno, Don Paladín y Don Artal de Foces.

Voluntad inquebrantable, digna por sí sola de glorificación y holocausto: tal es la cabecera del testamento. Sus cláusulas han sido definidas: no hay en ellas invalidación; escritas son en todos los libros de Costa y numeradas taxativamente en las conclusiones de la Asamblea Nacional de Productores. Determinadas fueron en el Manifiesto de la llamada Liga Nacional. Esas conclusiones son una bandera: son el testamento de Costa; y España tiene la ineludible obligación de cumplirle, si no quiere que se diga que es más experta en construir cenotafios que en realizar obras de cultura y de regeneración.

Canalización y política hidráulica, construcción de caminos, reforma de la educación nacional, colonización interior, seguros y socorros mutuos, movilización de la propiedad inmueble, reducción de los gastos públicos, supresión de impuestos indirectos... ¿No valdría todo esto más que un mausoleo? Y junto á tan férrea disciplina social, transformación del Derecho público y privado en sentido ético y democrático, secularización de la vida, apartamiento de guerras y perturbaciones, escuela y despensa, pan para el cuerpo y levadura para el espíritu. ¿Podía tributarse al ciudadano austero y al pensador insigne mayor homenaje?

La vulgarización de las obras de Costa se impone, y es menester que se vaya pensando en hacer de ellas una gran edición popular. De su carácter y de su austeridad basta el ejemplo. Y él ha llegado á todas partes. No de otra manera pueden los órganos inferiores ignorar lo que piensa el cerebro; pero allí donde llega la sangre, allí es acompasado y sentido el latido del corazón.

En cuanto al codicilo... El codicilo es la imprecación pesimista, el lamento amargo, el trallazo sobre las mejillas exangües, el hosco rugido sobre el ensangrentado risco... Todo eso debe servirnos de estímulo y acicate. No es posible tomarlo como maldición, como irreparable condena. No se ha acabado la esperanza en el porvenir ni se han agotado los hombres puros. La Historia no puede interrumpirse, y las últimas frases del maestro no son un *Nihil sperare*, sino un *Sursum corda*.

¡Desdichados nosotros si olvidamos el testamento, que es actividad, y nos aferramos al codicilo, que pa-

rece pesimismo! Seríamos indignos del ciudadano por antonomasia, cuyo cuerpo debe ser venerado en el panteón de españoles ilustres, pero cuyo corazón debiera ser conservado entre pórfidos en la cumbre de la Peña de Graus, como símbolo de su escudo: grifo rampante de oro en campos de azur; voluntad firme de hosquedades heráldicas, que supo trepar con sus garras de oro á todas las azules idealidades.

Graus.

ANIVERSARIO

Un año hace que murió Costa. La Historia, que tiene en España la escueta brevedad de todos los planos inclinados, no registrará por todo este tiempo sino pasividad y decadencia. Así, esfumado por el recuerdo de lo que fué y empequeñecido por sus propios hechos, nos parece más corto este lapso de la Eternidad, en que el dolor mismo ha sido anónimo. De ayer parece la torva agonía, el vencimiento irremisible y supremo del león airado y rebelde, que, refugiado entre montañas adustas y derribado en su fría y paupérrima guarida, todavía sacude su melena, centellea su mirada dominadora y extiende su garra hacia la gran sombra que se acerca, como para firmar su airada protesta en el infinito.

Ha sido ayer cuando nos hemos acercado, como á un Calvario, al revuelto lecho en que no hubo estreñecimiento de dolor ni sobrecogimientos de cobardía, sino arrestos viriles y profecías de enaltecimien-